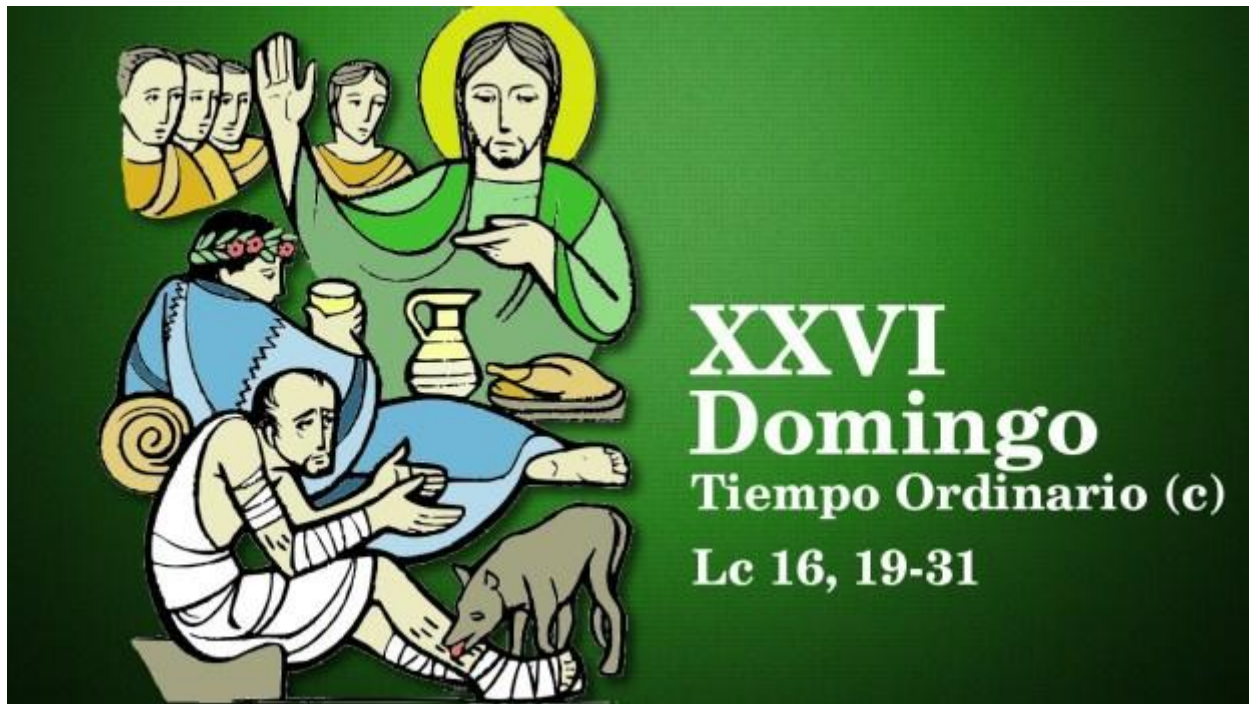


Los que no tienen puerta

Homilía del 26º Domingo Ordinario C



Tenemos la Palabra que ilumina nuestras vidas, tenemos al hermano necesitado,
allí presente y tenemos la Eucaristía que va sanando nuestro interior
que es la vida nuestra porque es Dios mismo que se nos da.
Leer Lucas 16,19-31

1. Jansenismo

Algo que pasó en la Iglesia en los últimos dos o tres siglos, algo curioso, pero que fue muy fuerte, que tuvo consecuencias muy serias. Hubo una doctrina que se extendió mucho, una enseñanza, que decía más o menos esto: "Nadie es digno de acercarse a recibir a Jesús en la Eucaristía"; se entiende? Y las consecuencias que trajo esta enseñanza era que (si nosotros nos remontamos a cien años atrás) no tan lejos, - por supuesto que ninguno de nosotros vivía -, cien años atrás, si uno iba a una Iglesia, no comulgaba nadie. Sólo los sacerdotes. ¿Por qué? Porque nadie era digno de recibir a Jesús en la Eucaristía. ¡Fíjense las consecuencias de esta enseñanza! Fue condenada. Sin embargo, esta enseñanza dice una verdad muy grande: que no somos dignos de recibirlo. ¿Por qué recibimos entonces la Eucaristía? Porque Dios nos ha invitado a su mesa a compartir con él. Pero no porque seamos buenos nosotros. ¿Se entiende? No es que nosotros recibimos la comunión porque

somos buenos. ¡No! Sino porque Dios nos da su amor, se nos manifiesta, se nos acerca y permite que compartamos su mesa, por pura gracia, porque Dios quiere; o sea, no por nuestros méritos.

2. San Pío X



Entonces, a principio del siglo pasado, vino un Papa, que se llamó Pío X (que llamamos hoy San Pío X), que enseñó esto: La comunión frecuente, para que podamos comulgar frecuentemente, y lo que hizo en este orden, fue hacer que los chicos se acerquen a los sacramentos de chiquitos, o sea la comunión y la confirmación. Pero en especial la Eucaristía. Entonces nosotros hoy tenemos como una práctica de la Iglesia que los chicos, 8, 9 o 10 años, se preparan para la comunión. Pero esto no era así antes.

Viene de algo más de 100 años, más o menos. Entonces lo que logró San Pío X es que la gente vuelva a la Eucaristía y vuelva a la comunión frecuente, contrarrestando esa doctrina que se había metido en la Iglesia, que se llamó, fíjense el nombre, "Jansenismo". Venía de un monje, llamado Jansenio, que enseñó más o menos por 1700 esto, y que tuvo una repercusión muy fuerte en la vida de la Iglesia, al punto que, les decía, a principios del siglo pasado nadie se acercaba a recibir la comunión.

3. Comunión Frecuente

Por eso es importante refrescar esto: que siempre nos acerquemos a recibir la Eucaristía, porque necesitamos la Eucaristía, es la que nos da fuerzas, la que nos sana interiormente, es el Señor mismo. Él nos invita a su mesa, no porque seamos dignos, y ahí está la trampa: no somos dignos, no somos dignos nunca, ni el sacerdote ni nadie. Nadie es digno de recibir la Eucaristía. La recibimos porque Dios nos quiere invitar a su mesa. Pero sí hay algo que Dios nos pide (vemos la Palabra de hoy), dice así: que estemos

atentos a lo que nos dice en su Palabra (que es lo que no hacía ni este rico, ni sus hermanos). Abraham le dice: tienen la Palabra, tienen a Moisés y tienen a los profetas, tienen que leerlos, simplemente. Ahí está lo que Dios dice. "No, no, si no van a verlos algunos de los muertos no van a hacer caso". Tienen la Palabra, es lo primero. Dios nos habla en la Palabra.

Y lo segundo, que tiene que ver con esta realidad de la parábola de hoy, Lázaro y el "rico epulón" (rico que hacía muchos banquetes quiere decir). Este hombre Lázaro, está hoy multiplicado por miles.

4. Los que no tiene puerta



Hoy tenemos "Lazaros" por todos lados, ¿quiénes son los "lázaros"? Vean lo que voy a decir: "los que no tienen puerta", porque viven en la calle, o viven en lugares, que son tan pobres que no tienen ni puerta. Y esto abunda, no es que son uno sólo como Lázaro,

abundan en nuestra sociedad!

Nosotros tendemos a juzgar a estos "lázaros", y nos encerramos y les cerramos la puerta. Hoy que tenemos la posibilidad de abrir esta puerta al hermano, acercarnos y entrar en comunión con este Dios que se nos presenta así; esta oportunidad que Dios nos da de hacernos hombres nuevos, no cerramos la puerta, no nos olvidamos del hermano. Hoy tenemos esta posibilidad.

5. "Entre ustedes y nosotros se abre un gran abismo"

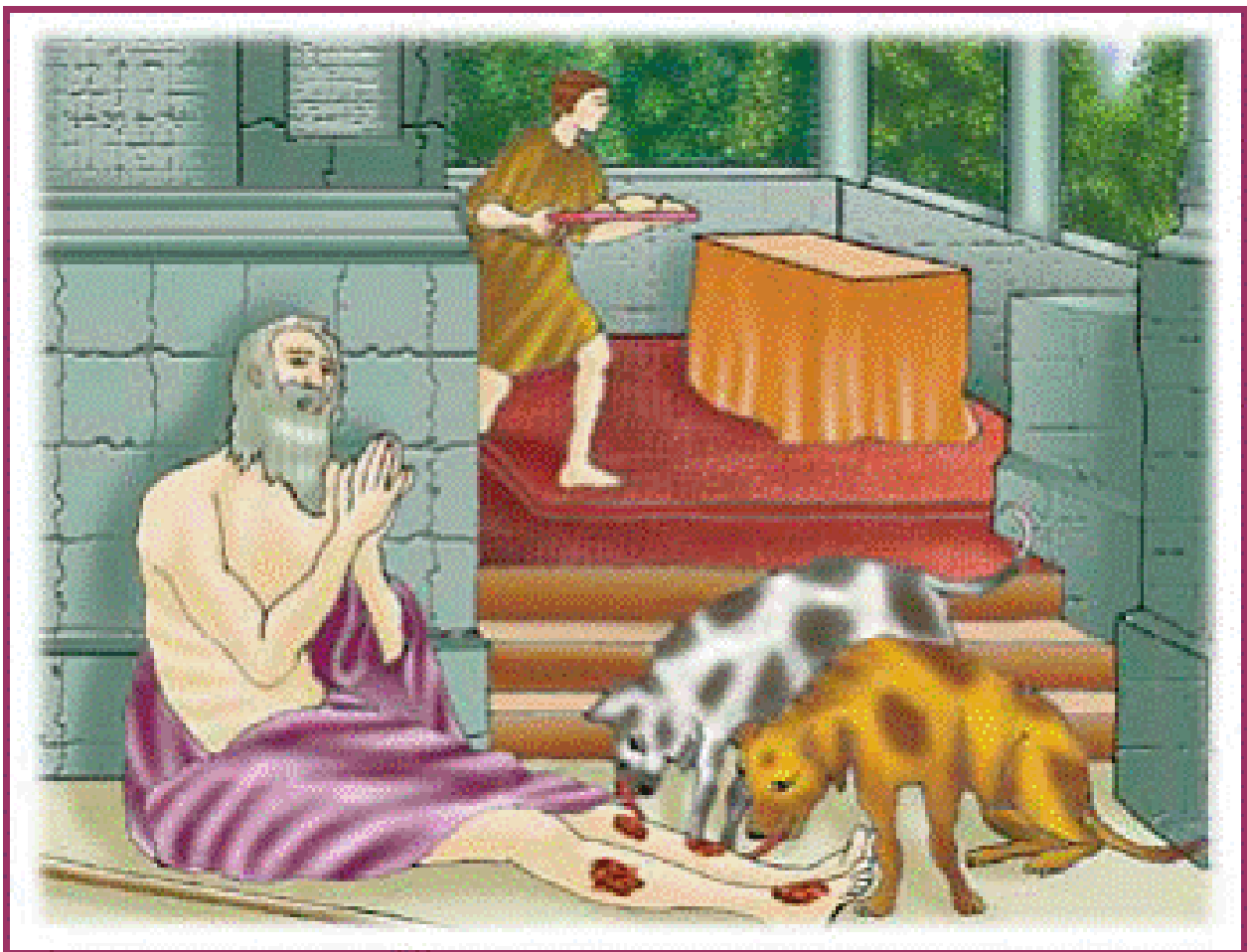
El día de mañana, cuando se termine esta historia, nosotros estemos ante Dios, "Lázaro" va a estar allí con Dios, nosotros no sé dónde vamos a estar... porque dice: "...entre ustedes y nosotros, se abre un gran abismo!"; ya no hay más posibilidad, se terminó, ya no hay solución.

Hoy tenemos la solución, por eso tenemos que estar atentos a la Palabra. Dios nos dice que allí donde está Lázaro, está la salvación nuestra, nosotros tenemos que acercarnos al hermano, no alejarnos de él, no cerrar la puerta,

no meternos en nuestra vida, en nuestras cosas.

Como yo ya tengo, más o menos, la vida de alguna manera establecida, me olvido de que están los otros ahí, en la puerta y con sus necesidades y por allí tremendas necesidades. Por eso el Evangelio nos toca a todos.

6. Conclusión



Yo diría dos cosas o tres para la enseñanza de hoy. La primera: La Eucaristía es para todos, no dejemos de acercarnos a la Eucaristía porque nos consideramos indignos, pecadores, porque eso siempre va a ser así, nunca vamos a ser dignos de recibir al Señor mismo, Él nos entrega su propia vida, nos invita a su mesa. Eso es lo primero. Y lo segundo es que sí nos dice: "Yo estoy en el hermano que está necesitado", ahí. Por eso yo creo que lo importante es descubrir que el Señor se nos acerca y nos brinda la posibilidad para nuestra salvación allí en el hermano necesitado. "Todo lo que le hiciste al más pequeño de los míos a mí me lo hiciste". El Señor está ahí. Y en el atardecer de la vida vamos a ser juzgados no por haber recibido la comunión, sino por negar la mano al hermano necesitado. Yo estaba ahí. Así

que fíjense cómo la Palabra va iluminando nuestra vidas, este rico banqueteador, que vivía la gran vida, no es algo tan lejano de nosotros. Cuando nos olvidamos del hermano, somos tan iguales que ese rico epulón que vivió su vida olvidándose de que en la puerta lo tenía a Lázaro. Cuando se acordó de Lázaro ya era muy tarde. Entonces, 1) tenemos la Palabra que ilumina nuestras vidas, 2) tenemos al hermano necesitado, allí presente y 3) tenemos la Eucaristía que va sanando nuestro interior porque es Dios mismo que se nos da.

p. Juan José Gravet

jjgravet@gmail.com